

HENRY M. STANLEY

Corresponsal

NEW YORK HERALD

31, Calle de la Cruz
2.º piso. izq.º

MADRID

Crónica publicada por el diario « The New York Herald » el 26 de julio de 1869, p. 5

SUBLEVACIÓN CARLISTA EN ESPAÑA
GRÁFICA DESCRIPCIÓN DE LAS PROVINCIAS
VASCAS Y DE SU GENTE

En busca de los carlistas – Visita a las provincias vascas – Descripción del país – Su gente – Sus supersticiones y orgullo – Fundamentos históricos – Las revueltas carlistas – Crimen y baño de sangre – El asesinato del alcalde de Santa Cruz de Campezo

Fonda Pallarés, Vitoria

Provincia de Álava, Provincias Vascas

8 de Julio de 1869

En busca de los rebeldes carlistas que al parecer se habían sublevado en Santa Cruz de Campezo, su corresponsal se presentó en la antigua ciudad de Vitoria en la mañana del día 2.¹

Dado que pocos son los viajeros americanos que conocen algo de las Provincias Vascas, me propongo ilustrarles al respecto.

¹ En realidad, Henry Morton Stanley llegó a Vitoria la madrugada del día 3 de julio de 1869 y abandonó Vitoria a última hora de la tarde del día siguiente, 4 de julio.

Si las previsiones se cumplen, estos partidarios de Don Carlos darán mucho de que hablar. Las Provincias Vascas, formadas por las provincias que bordean el Golfo de Vizcaya, son tres – Álava, Vizcaya y Guipúzcoa – designadas en español en su conjunto como “las Provincias Vascongadas”. Las Vascongadas son un país montañoso – la Suiza de España -, indómito, orgulloso, tribal, supersticioso y carlista hasta la médula. En muchos aspectos, como la lengua, el vestir, las costumbres, la superstición o la idea favorable que sus habitantes tienen de sí mismos, se parecen bastante, en mi opinión, a los galeses. Cada vascongado, al igual que cada galés, es descendiente de un rey o de un noble de alto rango. Adán fue el primero que habló vasco, si bien los hay que afirman que lo que habló fue galés. Noé habló vasco. Los diez mandamientos se ha dicho que fueron escritos en vasco. De ahí que estos provincianos sean gente tan distinguida, bien plantada e independiente. “Somos bastantes” (sic) (“We are enough”) (sic) es la divisa de este pueblo, representada por tres cintas entrelazadas con el lema “Irurac Bat”.

Los campesinos llevan boinas rojas o azules de gruesa lana y sus mujeres lucen pañuelos rojos y dos largas trenzas recogidas por la nuca (cuanto más largas mejor; las más orgullosas las llevan colgando por detrás). Los hombres son atractivos, saludables, esbeltos y bien formados; las mujeres son guapas.

Esta gente está regida por leyes que perduran desde la llegada de los godos a España, similares a las que rigen en los poblados árabes de las llanuras del Nedjed o entre los pastores turcos. Se les conoce por el nombre de fueros o privilegios. El abuso de esos fueros provocaría la guerra civil. Ese es el motivo por el que prefirieron ser partidarios de Carlos VI que vasallos de Isabel y la misma causa persiste en la Regencia de Serrano. Es un pueblo exigente y su consigna es “mantener intacta la fe y las antiguas costumbres”. El actual Don Carlos se ha comprometido a ello y eso explica que las Vascongadas le apoyen.

Cada provincia recluta su propia milicia, partiendo del hecho de que no deben servir más allá de sus propias fronteras. Asimismo, están exentas del pago de impuesto a Castilla y al resto de España, de ahí que el control de los enseres de los viajeros en el puesto fronterizo de Irún no sea muy estricto. La auténtica dificultad y las molestias para los viajeros comienzan en Miranda, tan sólo setenta y cinco millas más lejos. Quien haya leído esto comprenderá el porqué.

Otro de los privilegios es el de atribuirse a sí mismo nobleza universal. El lector de “El Quijote” recordará el disgusto causado a un vasco por decirle que “no era un caballero”. Los viajeros que quieran que su viaje se desarrolle sin problemas deberán evitar poner en duda el rancio “pedigree” de los vizcaínos y darles a entender a menudo que cada uno de ellos es descendiente de un rey o al menos de

un hidalgo, con lo que a los lugareños se les caerá la baba y el corazón se les fundirá como la mantequilla.

El pasatiempo de los hombres son las canciones, las danzas y las cachiporras. En este sentido, se parecen a los irlandeses. Aman a su tierra natal y la prefieren a cualquier otra parte de España. Es un pueblo agrícola y laborioso; sus risueños valles denotan prosperidad. Cada palmo de terreno está cultivado y, siendo un país montañoso, no sufre sequía, como sucede en Castilla o La Mancha. Las granjas de los campesinos son pequeñas, la mayoría no tiene más de cinco acres, cultivados únicamente con el azadón y la laya a manos de unos austeros marido y mujer y de sus hijos, tanto los varones como las hembras, sin sentirse por ello humillados. ¿Acaso Adán, el primer rey, no cultivó asimismo la tierra? Resulta ciertamente agradable contemplar una familia de hermosos muchachos y guapas chicas encorvados en fila, con el azadón en la mano, trabajando vigorosamente un terreno en barbecho, mucho más que ver una familia de señoritos y damiselas bamboleando bastones y sombrillas de seda en la calle. Unos representan la humanidad laborando y el sentimiento de nobleza que ello conlleva; otros, la humanidad holgazana camino de la tumba sin haber desarrollado aún las facultades humanas.

Esto es a grandes rasgos todo lo que se puede escribir en una carta sobre las actitudes y costumbres de las Vascongadas, lo suficiente para dejar constancia de las curiosas costumbres de este pueblo.

Nada más apearme en la estación de Vitoria, me vi asaltado por una multitud de lugareños con boinas azules y rojas que, en puro vasco, anunciaban los nombres de los hoteles que representaban, indicando al mismo tiempo los omnibuses que llevaban a los viajeros a la ciudad, distante de la estación una escasa media milla. Los de boina roja, de la Fonda Pallarés, eran más numerosos y tenían los pulmones más sanos, mientras que los gritos a favor de la Fonda Vitoria se oían de manera más monótona y chillona. Habiéndome enterado de que la Fonda Pallarés era la mejor, subí en su omnibús y, una vez que los demás pasajeros tomaron asiento, partimos hacia Vitoria. Tuvimos una agradable primera impresión de los más bellos valles de España, de los Pirineos al Norte y de las colinas vascas de azul púrpura alrededor, del sinuoso curso de los ríos y de los numerosos pueblos salpicando los valles de motas blancas sobre un verde intenso.

Al poco rato llegamos a la Fonda Pallarés; me apeé y descansé hasta que el desayuno estuvo listo.

Una vez desayunado, tomé la diligencia para Santa Cruz de Campezo.

Nuestra ruta se dirigía hacia el Oeste, hacia el Atlántico, a través del valle del Zadorra. Quien haya leído “Las batallas de la Península” de Napier puede fácilmente imaginar lo interesante que resultaba para mí cada lugar, cada palmo de terreno. Este valle fue el campo de batalla en el que los ejércitos de Portugal, España e Inglaterra se unieron contra el ejército francés de José Bonaparte. Ahí estaban el sinuoso río Zadorra, sus escarpadas orillas cerca de las colinas, las serpenteantes sierras con sus redondeados



Mapa de época de Álava con indicación, en rojo, del recorrido en diligencia de Stanley entre Vitoria y Santa Cruz de Campezo

montículos, los puentes de Trespuentes, Mendoza, Víllodas y Nanclares, el camino hacia Bilbao, los pueblos de Subijana, Nanclares, Aríñez y el último cerro defendible a una milla de Vitoria. Todo ello estaba a la vista desde la baca de la diligencia. Un típico vasco cuyo abuelo fue miembro de las partidas de Sánchez me iba señalando cada uno de los vados que fueron cruzados una y otra vez el 21 de junio de 1813 por los ejércitos hostiles. Las posiciones francesas salieron a relucir, así como las de Wellington, entre los muchos meandros de la parte Sur del río. De esa manera, con la ayuda de Napier y de mi informante, la batalla de vitoria quedó esbozada.

De los miles de combatientes, preclaros y humildes, generales y soldados rasos, que perdieron la vida aquel terrible día ni siquiera existe un memorial, un montículo, tumba o lápida que recuerde el lugar donde cayeron. ¡Vaya una gloria! Pero las purpúreas colinas, el turbio río y la risueña llanura que contemplaron la gran batalla y escucharon el estruendo de doscientas piezas de artillería siguen ahí, existen aún, dejando constancia de la insignificancia del morir.

En el lugar en el que los dos grandes ejércitos se desplegaron en formación de combate, miles de marciales chopos han sido plantados, ya sea en fila, formando compactos y espaciados cuadrados listos para la refriega, ya sea en densas masas, como preparados para el choque decisivo, el asalto final. Campos ondulantes con pesadas espigas de trigo, cebada y avena lucen como sólo pueden lucir en los lugares abonados por los muertos. Un suelo tan fértil no puede hallarse en ninguna otra parte de España más que en el valle del Zadorra. Tal abundancia de trigo o

de otros cereales no puede crecer en ningún otro sitio del mundo; tan intensa y radiante vegetación no puede verse en ningún otro lugar; tan magníficos chopos, cerezos, prados, prósperas granjas no existen en ningún otro país. ¿Por qué no? ¿Acaso porque este suelo ha sido regado por la rica sangre roja de miles de jóvenes? ¿O es que no han dejado cerca de 12.000 hombres sus cuerpos en este valle y sus alrededores?

Al mediodía, la diligencia llegó a Santa Cruz de Campezo, un pequeño pueblo de 5.000 habitantes cuyos antepasados construyeron sus casas al abrigo de dos sierras; así, en caso de guerra, se pueden refugiar en las escarpadas cimas, plagadas de cavidades camufladas por los abundantes abetos y robledales.

La historia de la escaramuza carlista es la siguiente:

El jueves por la noche la tranquilidad de este pueblo se vio alterada por cientos de excitados que se echaron a la calle a los gritos de “Viva Cabrera”, “Viva Don Carlos VII Rey de España”, “Abajo los liberales”, “Abajo el Gobierno”. Armados con palos, guadañas, bieldas y algunos revólveres con los que tiraban al aire, paraban a los lugareños y les obligaban a exclamar “Viva don Carlos, Mueran los liberales”. Estaban dirigidos por el párroco del pueblo y su hermano, también cura. Al oír el alboroto y los disparos, el alcalde, un teniente coronel jubilado del ejército español, reunió a la Guardia Civil y a algunos Voluntarios de la Libertad y, armándoles con los mosquetones que había en la Casa Consistorial, se puso a la cabeza de ellos y salió a la calle al encuentro de los insurrectos. Cuando los efectivos del alcalde se aproximaron a los insurgentes, les ordenó que se dispersaran con calma y se fueran a casa al ser su proceder contrario a la Constitución. El cabecilla dio un paso al frente y dijo que estaban dispuestos a exigir el respeto de sus fueros y de sus derechos individuales y que ni el alcalde ni el gobierno podrían hacerles aceptar la tiranía. El alcalde les dijo que empuñar las armas y perturbar el orden público no era el método para exigir sus derechos. Dicho esto, les conminó una vez más a que se dispersaran y habiendo sido respondido con desprecio ordenó a los veinte guardias civiles que dispararan. Otros dicen que no lo hizo, sino que los guardias civiles dispararon por orden del alguacil. Sea como fuere, lo cierto es que la Guardia Civil disparó y cargó de nuevo; pero los insurgentes no les dieron tiempo de disparar una segunda vez ya que ferozmente se abalanzaron sobre ellos con sus guadañas y palos. En primer lugar, el alcalde fue atrapado por un hombre fuerte que le apuñaló en el pecho, tras lo cual fue tirado al suelo y pisoteado por la multitud que le clavó sus guadaña y bieldas. El alguacil fue también atrapado y tratado de la misma manera, quedando su cabeza literalmente hecha pedazos. Dos guardias civiles recibieron el mismo trato y ante la enloquecida ciudadanía los policías huyeron a la Casa

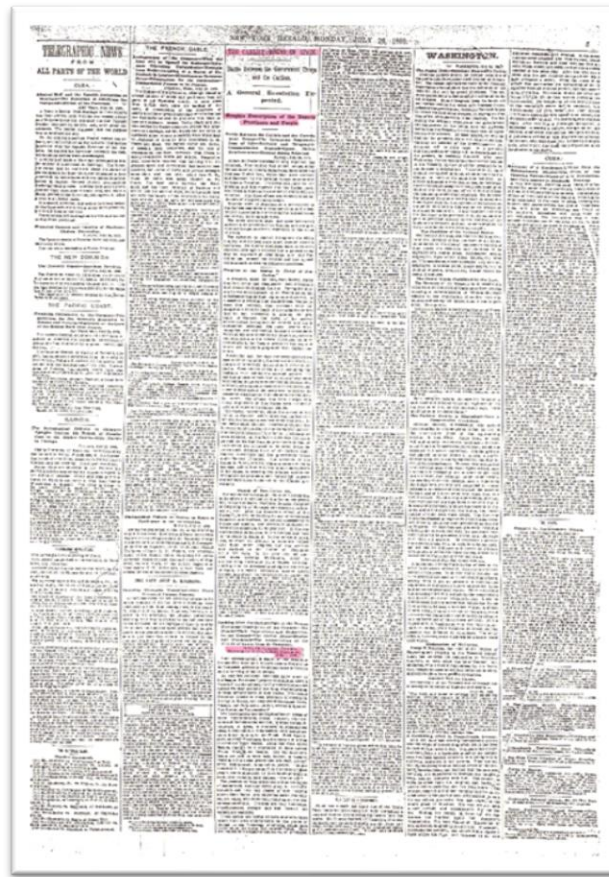
Consistorial donde se atrincheraron y siguieron disparando desde las ventanas. La anarquía en el pueblo duró hasta medianoche, momento en que llegaron setenta soldados y guardias civiles desde Vitoria en respuesta a la petición de auxilio lanzada por el alcalde mediante un correo enviado antes de que saliera de la Casa Consistorial al encuentro de los rebeldes. El gobernador civil de Vitoria marchaba al frente del destacamento que vino al rescate. Ante la proximidad de la tropa, los insurgentes huyeron a las montañas y el párroco y su hermano a Pamplona, donde fueron detenidos en la tarde del viernes. El cadáver del alcalde fue levantado y sus heridas examinadas. Había recibido treinta y dos heridas de diferentes armas, muchas de las cuales podrían ser causantes de su muerte. El alguacil había recibido once heridas, la mayoría en la cabeza. Los guardias civiles habían recibido numerosos pinchazos. Treinta insurgentes habían sido heridos de manera más o menos grave, tres de los cuales habían muerto desde entonces y otros tres estaban a punto de morir. Desde la noche del jueves hasta esta mañana, cuarenta personas han sido detenidas en el pueblo y sus alrededores tras haber reconocido su participación en la revuelta.

El Ministerio de la Guerra ha ordenado que sean juzgados por una corte marcial la semana que viene. Es de suponer que el párroco y su hermano serán fusilados, así como dos o tres más, el resto debiendo ser desterrado a Ceuta o a las Islas Baleares. Las autoridades consideran que no deben ser excesivamente severas ante el riesgo de que la insurrección se extienda por todas las Provincias Vascas, profundamente partidarias de Don Carlos. Los disturbios carlistas en Vitoria fueron incruentos, pero prueban que la hostilidad hacia el gobierno va en aumento. Republicanos en Andalucía, carlistas en Santa Cruz y Vitoria, Cartagena y Valencia; descontento proteccionista en Cataluña; una crisis ministerial y el declive de los partidos en las Cortes conforman ciertamente un cuadro nada dichoso.

§

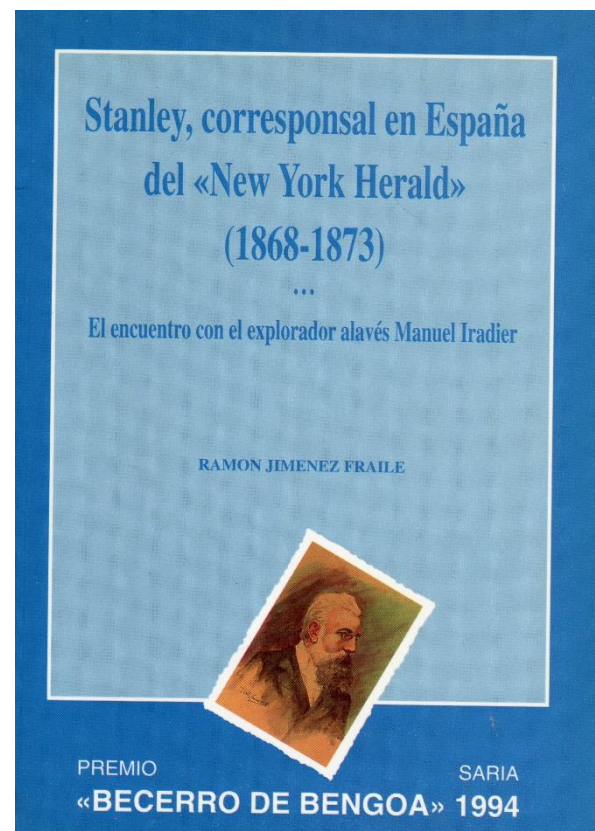
§ §

El diario estadounidense publicó la crónica sin firma.

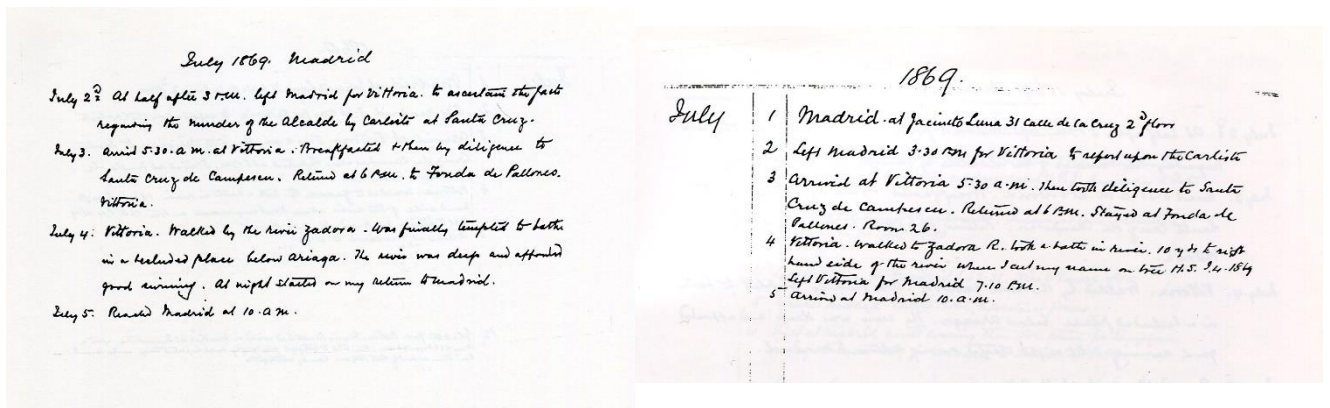


La identificación irrefutable de su autoría por parte de Henry Morton Stanley se debe a Ramón Jiménez Fraile, autor de “*Stanley, corresponsal en España del ‘New York Herald’ (1868 – 1873) – El encuentro con el explorador alavés Manuel Iradier*”, Premio de Ensayo Becerro de Bengoa 1994, Diputación Foral de Álava.

Esta y otras traducciones de textos de Stanley al español fueron llevadas a cabo por Carolina Larrosa.



Extracto de dos diarios privados de Henry Morton Stanley relativos a su desplazamiento a Álava de julio de 1869 que sirvieron para identificar la crónica



Julio 1869. Madrid

- 2 de julio A las tres y media de la tarde, salgo de Madrid hacia Vitoria para investigar el asesinato del alcalde de Santa Cruz por parte de los carlistas.
- 3 de julio Llego a Vitoria a las cinco y media de la madrugada. Desayuno y diligencia para Santa Cruz de Campezo. De vuelta en la Fonda Pallarés a las seis de la tarde.
- 4 de julio De pie al río Zadorra. Me acaban por entrar ganas de darme un baño en un lugar apartado cerca de Arriaga. El río es profundo y permite nadar bien. Emprendo de noche mi regreso a Madrid.
- 5 de julio Estoy de vuelta en Madrid a las diez de la mañana.

Julio

- 1 Madrid. Domicilio de Jacinto Luna, Calle de la Cruz 31, segundo piso.
- 2 Salgo de Madrid a las tres y media de la tarde en dirección Vitoria para informar sobre los carlistas.
- 3. Llego a Vitoria a las cinco y media de la madrugada. Tomo la diligencia a Santa Cruz de Campezo. Estoy de vuelta a las 6 de la tarde. Me alojo en la Fonda Pallarés, habitación 26.
- 4. Vitoria. Voy a pie al Río Zadorra en el que me baño. A diez yardas al lado derecho del río grabo mis iniciales en un árbol. H.S. 7.4.1869². Salgo de Vitoria para Madrid a las siete y diez de la tarde.
- 5. Llego a Madrid a las diez de la mañana.

² La fecha que graba Stanley en el árbol (7.4.1869) presenta el formato norteamericano, es decir : mes/día/año, en lugar del formato europeo : día/mes/año, que equivaldría en este caso a 4.7.1869.